

Entrevista a Ana Fernández

“Sólo distinguir a alguien como diferente instituye la desigualdad”

Ana María Fernández

Ana María Fernández es Doctora en Psicología, Profesora Titular en las Cátedras de Teoría y Técnica de Grupos e introducción a los Estudios de Género, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Directora del Programa de Actualización en el Campo de Problemas de la Subjetividad, autora de *La Mujer de la Ilusión: Pactos y contratos entre hombres y mujeres*, *La invención de la niña*, *Las lógicas colectivas*, *Imaginario*, *cuerpos* y *multiplicidades*, entre otras publicaciones.

Oficios Terrestres: ¿Cuáles son los nudos centrales que usted identifica hoy en el debate del género, en tanto eje temático?

Me parece interesante la pregunta. Nos permite reflexionar sobre las actualizaciones que se vuelven necesarias hoy en la problemática de género. Si hacemos un poco de historia, los Estudios de Género que surgen como reformulación de los Estudios de la Mujer; se conformaron como las áreas académicas de los movimientos feministas de los años 60 y 70. Es decir, que desde su inicio se desplegaron en la complejidad y la riqueza de una tensión entre las lógicas y los tiempos de la acción política, las lógicas y los tiempos del trabajo académico, la construcción de conocimientos, entre otras cosas.

A medida que los Estudios de Género fueron ocupando espacios y ganando reconocimiento aparecen las primeras generaciones de especialistas de género; pero a medida que se profesionalizaban fueron despegándose de las necesidades de la acción política que el movimiento de las mujeres aportaba y demandaba respuestas.

Esto trajo como consecuencia que las cuestiones de género que abordaban se fueran deslizando con cierta frecuencia a descripciones de los problemas de mujeres.

Así como muchos estudios sobre la pobreza se quedan en “contar pobres”, estas investigaciones empezaron a “contar mujeres”. Así, el mapa de género fue perdiendo un articulador central entre política y academia.

En mi criterio, género es una categoría hermenéutica; se trata de poner en juego una herramienta interpretativa que no sólo permita constatar o describir diferencias, sino que pueda dar cuenta de la construcción socio-histórica de esta diferencia desigualada. Por otra parte, cuando insensiblemente se va perdiendo el anhelo libertario del movimiento político, cuando se desconecta la actividad académica de la acción política, también se pierde el anhelo de interpretar las condiciones socio-históricas por las cuales las mujeres ocupan posiciones desventajosas en la sociedad.

Si ya no se trata de conquistar derechos e igualdades, por qué se va a sostener la importancia de interpretar las razones sociohis-

tóricas, políticas, de las desigualdades de la Diferencia.

Por qué va a tener relevancia enfocar las modalidades de resistencia de un grupo de mujeres. Este sería el primer problema de los tres que quiero plantear: el desdibujamiento del articulador político tanto para indagar las condiciones de posibilidad de la desigualdad de la diferencia como para formular propuestas políticas hacia la igualdad de oportunidades.

La segunda cuestión, ligada a la anterior, se refiere a algunas cuestiones relacionadas con la aparición de los Estudios de Masculinidad. Es un área de indagación interesante que toma visibilidad promediando los años 80. También allí se produce un deslizamiento producto de perder el articulador conceptual de poder de género; opera allí otra modalidad de desdibujamiento de la cuestión del poder.

Es muy interesante que los varones comiencen a tematizar sus prisiones de género, pero si pasamos a pensar que “todos somos prisioneros de los mandatos de género” se invisibiliza la subordinación/inferiorización histórica de las mujeres.

Los Estudios de Masculinidad generalmente tomaron en espejo las reivindicaciones de las luchas feministas y de los Estudios de la Mujer batalladas años antes.

Por ejemplo, si ellas habían señalado las postergaciones por la maternidad, ellos hablarán de la prisión de su función de proveedores y el dolor de no poder disfrutar de los hijos. A la trampa del amor romántico en las mujeres ponen en espejo la exigencia del rol de galán, conquistador sexual, etcétera. ¿Qué queda allí omitido? El articular político de la desigualdad. Al igualar prisiones se omiten las prácticas de impunidad de poder de género que implica el proveedor, el galán, como así

también las lógicas patriarcales desde donde se construyen estos modos de subjetivación de varones.

El tercer problema se vuelve particularmente clave a partir de la peor crisis en la región –que en Argentina podemos ubicar en el 2001– debida a la aplicación de las llamadas políticas neoliberales. Más de una vez, cuando íbamos con planteos de género a poblaciones extremadamente precarizadas, éstos eran vistos como posiciones o intereses corporativos.

“Qué me venís a hablar de la problemática de género en la escuela –decían las maestras del Gran Buenos Aires en 2000– cuando a mí los chicos se me mueren de hambre”. Ahí hay un nudo conceptual y político interesantísimo para pensar. Cuando un sector social desigualado sólo trabaja su diferencia, si bien en un principio reconstruye dignidad y conquista de algunos derechos, parecería que no puede evitar lo que yo llamaría la encerrona de las políticas de la diferencia.

Si sólo pensás y accionás tu diferencia, es muy probable que se produzca un encierro –el *ghetto*– conceptual y político; no puede pensarse que, si bien, una discriminación particular (mujeres, gays, negros, pueblos originarios) opera por mecanismos específicos, los dispositivos de discriminación, de desigualación forman parte de estrategias más generales de las lógicas capitalistas que necesitan para su reproducción discriminar para explotar mejor, excluir para incluir desventajosamente.

En tal sentido me parece estratégico comenzar a pensar cómo articular –conceptual y políticamente– la diversidad de diferencias desigualadas.

Se trata de producir pensamiento sobre el “paquete enredado de relaciones de domi-

nio”: de género, de clase, de etnia, de región geopolítica, de opción sexual, de religión. A su vez dentro de una misma diferencia desigualada –en nuestro caso género– hay que pensar las diferencias dentro de la diferencia. No la mujer sino las mujeres. Los dispositivos biopolíticos de desigualación no operan con los mismos mecanismos con mujeres del primer mundo o del tercero, con mujeres de clases medias urbanas que rurales, con obreras que con profesionales, con piqueteras, desempleadas o cartoneras que con mujeres de empleo estable o –dentro de una misma clase social– con sus mujeres adultas o adolescentes. No es lo mismo en Suecia que Colombia o Bolivia, con heterosexuales que con lesbianas, o cristianas, judías o musulmanas o blancas o negras o indígenas. Tampoco esos diferentes grupos sociales de mujeres cuentan con iguales recursos materiales, simbólicos, culturales, subjetivos, eróticos, para resistir esas estrategias de dominio y/o para inventar otros existenciaros más justos. Hablar de la mujer homogeniza de un modo que esencializa peligrosamente.

Se trata de sostener la tensión entre la especificidad de los estudios y acciones políticas de una diferencia desigualada y al mismo tiempo articular el estudio de ese dispositivo biopolítico específico con otros dispositivos biopolíticos también específicos.

Una primera consecuencia metodológica de lo que acabo de decir es que la academia necesita avanzar en la construcción de criterios transdisciplinarios. Ni unidisciplinarios ni meramente interdisciplinarios. A veces la interdisciplina puede ser un elegante diálogo de sordos.

O.T.: Escuchaba y mientras la escuchaba me aparecían tantas imágenes,

tantos lugares comunes. La categoría de género quedó muy ligada como decía, dentro del ghetto de la diferencia y del reclamo. ¿Cómo salir de ese corsé y buscar una articulación política en la que el género pueda convertirse en una línea transversal?

Claro, el problema es que no hay dos tiempos. Un primer tiempo en que se construye una diferencia y un segundo tiempo donde a posteriori de la construcción de esa diferencia una sociedad injusta que desigualla. El sólo distinguir a alguien como diferente, instituye la desigualdad. En un mismo movimiento.

Una primera cuestión es no suponer que existe una diferencia en sí. El problema es el ser con que se asigna cada uno. Ser diferente. Este pensamiento hace de una particularidad la esencia de una diferencia. Soy mujer, soy anoréxica, soy gay, soy negro o indígena. Es una operatoria del orden del ser, que al tomar un rasgo como la totalidad que lo define, en el mismo acto de distinguir esa diferencia como la diferencia, instituye la desigualdad.

Es imprescindible implementar políticas por la igualdad de oportunidades –políticas de Estado, alertas de la sociedad civil– pero al mismo tiempo hay que sostener la tarea conceptual de reconstruir la categoría misma de diferencia.

O.T.: Hay que tener en cuenta que la organización social y la propia organización del trabajo están nombradas desde una lógica patriarcal. ¿Cómo cree que se hace entonces?

Es necesario pensar políticas a diferentes niveles y su efectividad dependerá de cómo en cada situación concreta se establezca la

correlación de fuerzas entre los movimientos transformadores y los sectores de poder que operan y actualizan diariamente las lógicas patriarcales. Esta es una dimensión política de la cuestión. Por otra parte hay que poner en consideración cómo trabajan, por ejemplo, los comunicadores en la transformación de los imaginarios sociales, cómo lo académico construye campos filosóficos que permitan desencarar la categoría de diferencia. No sólo deconstruir sino también inventar nuevos conceptos. Aquí hay que mencionar la importante tarea de las filósofas de género, desde Simone de Beauvoir a Judith Butler, por ejemplo. Es muy interesante la polémica actual Butler-Zizek al respecto.

O.T.: ¿Cómo sería una articulación ideal entre academia, comunicación y prácticas políticas? ¿Cómo la imagina?

Bueno, no es tarea sencilla. Hay mucha actividad, pero un tanto dispersa por lo que es imprescindible trabajar en la construcción de redes que conecten, agrupen y potencien espacios –académicos, políticos, sociales– que operen en construcciones horizontales de poder. Esto no es una cuestión menor ya que no podemos ir en contra de la desigualdad, si los espacios que inventamos operan desde lógicas que reinstalan severas jerarquías.

O.T.: Pienso que muchas mujeres de sectores populares ven a la academia como lo otro. Les sigue pareciendo un espacio muy rígido y muy jerarquizado.

A veces a quienes les resulta más jerarquizado es a las académicas que no pueden poner en valor los saberes de las mujeres de sectores populares. Te doy un ejemplo: en el tema de la violencia llamada violencia do-

méstica tenemos políticas de Estado o programas de ONG que suelen ser ineficientes e ineficaces; esto se reproduce en distintos lugares del mundo. Se intenta trabajar en los barrios pero no se logran anclajes adecuados. Sin embargo, en los años 90, cuando aquí empezaron los piquetes, mujeres piqueteras –ellas por su propia cuenta– implementaron acciones muy interesantes. Cuando estaban sosteniendo el piquete en la ruta, conversando entre ellas constataron que más de una era golpeada por su compañero. Él podía ser un dirigente respetado, pero en lo doméstico, golpeaba. Se organizaron e implementaron un dispositivo autogestivo de defensa por el cual, cuando una de ellas aparecía golpeada, iban todas a la puerta de la casa y realizaban un cacerolazo contra el golpeador. Esto tenía un efecto de humillación en el compañero ya que hacía público lo que hasta ese momento había permanecido privado. Mirá qué interesante, llevaban a la acción el lema –que desconocían– de las primeras feministas: ¡lo personal es político!

Caceroleaban frente a la casa, lo increpaban, podían incluso empujarlo, darle algunos sopapos; al ridiculizarlo, humillaban a este hombre que tal vez fuera un consecuente luchador social, pero machista en lo privado. Esto hacía que esta política resultara muy efectiva. Era un dispositivo que ellas habían inventado. ¿Cómo había sido posible? Creo que se trata de invenciones de prácticas y de imaginarios que sólo son posibles en el potenciamiento que da una lucha colectiva. Y en este caso no era una lucha específica de género. Lucha contra una injusticia, en este caso el desempleo, que toma una metodología específica: el corte de ruta, potencia a cada quien participa. Ese hacer colectivo confi-

gura –entre y con otras y otros– potencia y dignidad. Entonces, los golpes en lo privado ya no se toleran más. A su vez, no se toleran más porque se forma un *entre-ellas* que se anima a quebrar la impunidad del compañero golpearlo.

O.T.: ¿Cómo cree que se podría, desde la academia, atender y propiciar esos otros modos de saber?

Bueno, hay que transgredir, transgredir la academia y sus protocolos de investigación. Me refiero a políticas activas de trasgresión. Se trata de ser muy estrictos y estrictas en la rigurosidad y en la excelencia académica y al mismo tiempo instalar políticas de desobediencia a las formas y metodologías jerárquicas de la construcción de conocimiento.

Pueden ser formas de resistencias colectivas muy interesantes que permiten que los equipos puedan afectarse en sus tareas desde pasiones alegres y no desde tristezas burocráticas.

O.T.: ¿Cuándo decidió que iba a trabajar el tema de género?

Fue en plena dictadura, hacía poco tiempo que vivía en Buenos Aires. Soy platense, fui alumna y docente en la Universidad de La Plata, hasta 1974, año en que tuvimos que irnos, porque la situación se había puesto muy riesgosa.

Tal vez por una mala evaluación del riesgo, nos vinimos a Buenos Aires en vez de exiliarnos. De todos modos, salió bien, estábamos aquí en pleno insilio. Uno de los temas que había estado trabajando hasta entonces era las relaciones entre ideología y subjetividad. Con la represión, esto se vio interrumpido. La cuestión de la ideología era un tema prohibidísimo, hasta la palabra prohibieron.

Me llegó una invitación del Instituto Goethe (es bueno mencionarlo, ya que fue uno de los pocos lugares que en plena dictadura se animaba a hacer cosas) de alguien a quien yo no conocía en ese momento y que luego nos hicimos grandes amigas, que es Gloria Bonder, una de las especialistas mundiales en el tema género, para un seminario o coloquio en Estudios de la Mujer.

En realidad, ahora que recuerdo no me llegó a mí la invitación, fue más azaroso aún. Me encuentro un día con Mirta Videla, psicóloga que había sido compañera mía en La Plata, y me dice: “Me llegó esta invitación. Yo no puedo ir, ¿no querés ir vos?”. Así fue.

El programa me pareció interesantísimo y si bien tenía algunas lecturas en el tema y simpatizaba con los movimientos de mujeres, hasta ese momento no me había dedicado de lleno a la cuestión. Gloria Bonder coordinó allí un espacio de intercambio, de producción que también hay que mencionar. Había que tener mucho coraje no sólo para organizar y llevar adelante una actividad así, en ese momento, sino simplemente para imaginar que pudiera ser posible realizarla. En medio de la mayor oscuridad, Gloria convocaba a un espacio para pensar. No sólo eso, invitaba a mujeres provenientes de diferentes profesiones y áreas académicas y de muy distintas trayectorias políticas. Conocí a mujeres muy valiosas que ya tenían importantes trayectorias en la temática como Eva Giberti, María del Carmen Feijóo, Elizabeth Jelin.

Con Graciela Sikos escribimos un pequeño trabajo “La fobia al placer femenino” donde comparábamos la infibulación de las mujeres musulmanas con la castración simbólica de las mujeres occidentales. Entramos en una interlocución muy fructífera con todas ellas. Duró varios meses y al finalizar Glo-

ria y sus colaboradoras propusieron fundar el centro de Estudios de la Mujer del que pasé a formar parte desde su fundación y es allí donde empiezo a trabajar fuertemente en la temática. Estaban también –entre otras– Mabel Burín, Clara Coria, Irene Meler, Cristina Zurutuga.

Hacia fines de los años 70 se hacían grupos de reflexión de identidad femenina, trabajamos con mujeres de diferentes sectores sociales y discutíamos bibliografía de distintas procedencias disciplinarias. Fue una época en que leí mucho. Escribí luego un segundo trabajo “Los mitos sociales de la maternidad” que me publicó todavía en dictadura la *Revista de Psicología* de la Asociación de Psicólogos. Más adelante, ya en democracia hicimos una compilación con Eva Giberti: “La mujer y la violencia invisible” que recogía una excelente experiencia de unos seminarios que dictamos en lo que luego fue la Fundación Banco Patricios.

Fueron épocas de mucha producción e intercambio que culminaron años después con *La Mujer de la Ilusión*. Tal vez sea de mis libros más conocidos. Lo publicó *Paidós* y no me preguntes cómo o por qué pero aún se lo consulta, pese a sus años. Su primera edición es de 1993 y aún se sigue vendiendo. Es un texto que me ha dado muchas satisfacciones no sólo por su difusión, sino porque creo que fue escrito con la cabeza pero también con las vísceras.

O.T.: ¿Dado que el tema género sigue asociado en el imaginario al tema mujer, cómo piensa que podría ser nuestro aporte desde la comunicación?

Me parece que esa es una cuestión estratégica central. Si en la temática llamada de género no se incluye con fuerza a los varones,

el desencuentro amoroso se abismará cada vez más. Es necesario crear condiciones para que los varones puedan abrir su reflexión –y por ende su voluntad política– para registrar cómo dominan, no sólo cómo sufren. Para que las mujeres puedan registrar no sólo cómo sufren sino también cómo a medida que van ganando independencias, también suelen incorporar sus propias impunidades de género. Y volvemos así a la cuestión del articulador conceptual del problema que pasa, como te decía, por la cuestión del poder.

En relación a todo esto hay dos cuestiones que me parecen importantes para los tiempos por venir. Es necesario que los varones puedan deconstruir su ejercicio cotidiano de poder de género, aun en las impunidades más invisibles, más nimias. La otra cuestión que veo, realmente con preocupación, es cómo muchas mujeres que han ido ganando independencia material, educativa, que han llegado a la Universidad, tienen carreras y proyectos laborales propios, ganan su dinero, no pueden llegar a posicionarse desde un lugar de autonomía. Muchas veces confunden el ejercicio de sus derechos con impunidades de género, ahora femeninas.

Independencia no es sinónimo de autonomía; en tal sentido si pensamos en lo por venir es necesario, con respecto a las mujeres, construcción de autonomía subjetiva. Con respecto a los varones, como decía, la cuestión pasará por la deconstrucción de los ejercicios cotidianos de poder de dominio. Deconstruir una práctica de poder de género no es sinónimo de sufrimientos de género. Hasta ahora los Estudios de Masculinidad parecieran centrarse mayormente en los sufrimientos masculinos.

Puede observarse que frecuentemente mujeres que ya han ganado independencia,

ésta no se ha acompañado de autonomía subjetiva. Así pueden tener muy buenos puestos laborales, pero no se han podido desprender de una dinámica de reconocimiento que bueno es recordarlo, es un mecanismo mortífero. Frecuentemente son mujeres de demanda tiránica en el plano sentimental. En el plano laboral pueden preferir un trabajo no muy bien pago, pero “mi jefe me quiere mucho”. En tiempos pasados una mujer en demanda tiránica sufría o hasta podía morir de amor, pero en la actualidad habida cuenta de los empoderamientos sociales logrados, operan desde exigencias e impunidades de cualquier orden en la convicción de que ejercen derechos de género.

Por ejemplo, en la actualidad puede observarse con cierta frecuencia en nuestras clases medias urbanas que una muchacha treintañera, con un buen puesto de trabajo, frente a un embarazo producto de una relación ocasional, decide tener su bebé. Considera que es su derecho, se le acaba el tiempo, la opción del muchacho involucrado no cuenta demasiado. Si él no estuviera de acuerdo, igual sigue con el embarazo, es el derecho sobre su propio cuerpo. Sin duda es su derecho, pero éticamente es complicado.

Así, aquel estereotipo del siglo XIX y XX de la joven seducida, embarazada y abandonada parece estar cediendo lugar al de varones violentados en paternidades no consentidas. Si bien el argumento suele ser “él no usó un preservativo”, lo cual puede ser cierto, convengamos que no abarca todo. Es probable que ella tampoco haya aclarado “si quedo embarazada pienso tenerlo”. En las mutuas ambigüedades se vuelve difícil establecer un criterio ético.

Aparece allí toda una franja de cuestiones que es imperativo repensar. De lo contra-

rio es probable que se abisme cada vez más el desencuentro amoroso, no se trata de responder a las históricas impunidades masculinas con nuevas impunidades de mujeres sino de inventar relaciones entre los géneros que avancen en la construcción de sus paridades políticas; así por ejemplo, si gano derechos, se agregan deberes, otros; no sólo los históricos de esposa y madre.

Más allá de los casos particulares, pienso que estamos frente a un serio problema ya que si las independencias no se acompañan de construcción de autonomía, podrían perderse muchos de los avances socio-históricos logrados.

En síntesis, pienso que las mujeres que –producto de las luchas históricas nuestras y las que nos precedieron– hemos logrado posiciones laborales, educativas, políticas, económicas, de independencia, tendríamos que poder instalar una mirada más autocrítica. Mucho de lo que falta por lograr depende de nosotras mismas como colectivo.

O.T.: Con perspectiva de género ¿cómo mira la construcción política latinoamericana?

La cuestión es compleja ya que no todo funciona de modo homogéneo en los países de la región. Por otra parte el panorama es muy distinto según el nivel de análisis que tomemos. Hace pocas semanas el grupo de Río en su sesión en República Dominicana realizó una jornada histórica donde presidentes y presidentas dieron muestra de una práctica política impecable. Las presidentas de Argentina y Chile no sólo no fueron discriminadas, sino que tuvieron una actuación muy valorada. Parecería que se va construyendo un polo en la región donde Colombia quedó aislada y EE.UU., como ya había pasado en la reu-

nión de Mar del Plata, no pudo imponer su criterio. Es algo inédito en América Latina y en mi opinión de suma trascendencia.

Sin embargo, si analizamos los acuerdos para la implementación de políticas públicas no sólo en género, sino en el avance de la igualdad de oportunidades, en la redistribución de la riqueza, de las múltiples diferencias desigualadas, estos gobiernos están muy lejos de propuestas satisfactorias. Me parece que si los Estados no tienen la suficiente decisión para poner en marcha estas cuestiones respecto a los inmensos desigualadores de la región, habría que establecer condiciones para hacer por abajo.

O.T.: ¿Qué piensa de la expresión *feminizar el poder*? ¿Cree que se puede trabajar en la construcción de un tipo femenino, no hablo de poder de mujeres sino con un modo de organización distinta a la hegemónica global?

La expresión *feminizar el poder* puede llevar a engaños. Hay que reflexionar sobre qué tipo de poder es necesario acumular si se trata de acumular poder de dominio, no me parece que puedan producirse cambios demasiado importantes respecto a las modalidades clásicas de ejercicio del poder llevadas adelante históricamente por varones. Si se trata de potencia colectiva de mujeres, es diferente. Lo que allí está en juego es cómo potenciar, cómo empoderar, cómo inventar cada vez más potencia colectiva de mujeres, y esto sí que suele hacer diferencias.

Por empezar se trata de hacer linaje en las luchas históricas de mujeres. Los lugares que hoy algunas mujeres ocupan no se los regaló nadie ni ha sido exclusivamente por sus propios méritos, sino que son producto de las luchas históricas de muchas mujeres

anónimas, no sólo de los movimientos de las mujeres, que recolocaron el lugar de las mujeres en la sociedad.

Por otra parte, la expresión puede aludir a una supuesta bondad de las mujeres que harían más pacífico el ejercicio del poder, si fueran ellas las que lo ejercieran. Con esto no estoy de acuerdo. Sería suponer la bondad de las víctimas. Reconocer la opresión o subordinación histórica de un sector social, en este caso las mujeres, no garantiza su bondad, sentido de justicia o criterios igualitarios. Por el contrario, más de una vez, cuando se logra que las desigualaciones de una diferencia disminuyan, el grupo social discriminado previamente suele instalar prácticas de impunidad, intolerancia y discriminación.

Otro problema que es necesario pensar es la dificultad que aún presentan muchas mujeres de establecer alianzas políticas de mujeres. Esto es de gran importancia política. Creo que una de las razones por las que los varones pueden mantener su poder de género es porque siempre entendieron que había que hacer club de varones. Ellos actúan tanto en la vida pública como privada con códigos de club de varones. Por alguna razón, las mujeres no hemos comprendido la importancia estratégica de esto.

O.T.: Nos enseñaron que no hay que aliarse...

Está bien, pero tantas cosas nos enseñaron y supimos desobedecer. Por alguna razón no está la idea política de alianza de género. Cuando esta se construye pueden lograrse cosas muy interesantes. En la Convención Constituyente de 1994 se realizó –y se sostuvo– una alianza transversal de las mujeres de distintos partidos políticos que participaban de la Convención. Todo lo que se avanzó le-

gislativamente en relación a género –que fue mucho– fue posible en virtud de esa alianza de mujeres que fue transversal a los partidos.

O.T.: Yo pienso el poder como el poder hacer, no el poder dominar. Creo que el principal obstáculo es que entremos siempre a reglas de juego que no son nuestras y la primera cosa es cómo romper esas reglas.

Bueno, si querés participar de la vida pública tenés que operar con las reglas del juego que están en el mundo público, que está regido por varones. Es una discusión de larga data en los movimientos de mujeres. En mi opinión tenés que conocer exhaustivamente las reglas del juego realmente existentes para operar sin acatarlas. El argumento de “como soy mujer lo hago distinto” suele poner en evidencia mujeres que no se conectan con la realidad donde deben actuar sino que sólo se relacionan con sus posicionamientos subjetivos. Esto sólo les garantiza marginalidad, cuando no incompetencia. Si por el contrario, se conocen a fondo las reglas con las que no se acuerda, puede evaluarse en qué situación la correlación de fuerzas permite no acatar o bien qué alianzas hay que generar y en qué momento es necesario realizarlas para hacer diferencia.

Otras veces se instalan argumentos auto-complacientes: “como no me enseñaron, no sé hacerlo”. La autocomplacencia en el discurso de la subordinación también suele ser tramposa. Tantas cosas no nos enseñaron, y sabemos hacerlas muy bien.

Lo que estoy diciendo, por supuesto, se refiere a mujeres que ya han logrado independencias económicas y culturales. Sin duda aún falta mucho para vivir –tanto en lo público como en lo privado– en situaciones

de paridad política con los varones. Sexismos y discriminaciones siguen operando. Pero se hace necesario desplegar una mirada utocrítica sobre nosotras mismas ya que, aún en el marco de las discriminaciones existentes, parte de lo que todavía no hemos logrado depende en gran medida de nosotras mismas. No se trata de ver quién de nosotras llega más lejos individualmente, sino de poder jugar una reflexión autocrítica que habilite –colectivamente– los potenciamientos necesarios para hacer y sostener diferencias (que es distinto de ser diferentes) en nuestros existenciarios públicos y privados.

Por Florencia Cremona
Docente e investigadora de la FPyCS de la UNLP